

migo se instalaba enfrente de él, hizo construir obras de defensa en todo su frente. Villars sólo disponía de cien mil hombres y ochenta cañones; sus adversarios contaban respectivamente con ciento veinte mil y ciento veinte.

La acción se trabó el día 11 de septiembre. Eugenio y Marlborough habían resuelto atacar simultáneamente las dos alas, y á las ocho de la mañana los holandeses se arrojaron sobre las líneas que protegían el ala derecha, en donde estaba Boufflers. El anciano mariscal, que tenía entonces setenta años, que «era por su valor una especie de león y daba las órdenes con la misma sangre fría que si se hubiese hallado en su cuarto,» contuvo al enemigo que había penetrado hasta en el tercer foso, y le rechazó, pero no pudo tomar la ofensiva porque las trincheras le estorbaban los movimientos. El ala izquierda, después de una vigorosa resistencia, cedió al fin, aunque sin desorden; Villars acudía para apoyarla con refuerzos tomados del centro, cuando recibió una herida que le obligó á abandonar el campo de batalla y que tal vez fué causa de que aquella jornada se perdiese. Marlborough y Eugenio arrojaron sus reservas sobre el centro del adversario cortando en dos el ejército francés; y Boufflers, después de un furioso combate de caballería, ordenó la retirada, que se efectuó sin dejar en poder del enemigo ni un cañón ni una bandera. Los franceses habían perdido diez mil hombres, y los aliados veintitrés mil; estos últimos, extenuados por aquella victoria, desistieron de la invasión de Francia y se limitaron á apoderarse de Mons. La jornada de Malplaquet «más bien realzó que debilitó el valor de la nación.»

Durante la campaña habían proseguido las negociaciones en Holanda por «vías indirectas.» En Francia persistía la esperanza de llegar á una inteligencia con los holandeses; pero Inglaterra los ligó estrechamente por medio de un tratado secreto firmado en 29 de octubre de 1708, en el que les prometía la anexión de los Países Bajos bajo la soberanía nominal del emperador, obligándose ellos, en cambio, á no negociar con Luis XIV si no reconocía la sucesión protestante en Inglaterra y no expulsaba de Francia al pretendiente.

Reanudáronse las negociaciones en 9 de marzo de 1710, estando Francia representada por el mariscal de Huxelles y por el padre Polignac, «el primero, dice Voltaire, hombre frío, taciturno, de un espíritu más prudente que elevado y atrevido, y el segundo, que después fué cardenal, uno de los mejores y más elocuentes ingenios de su siglo,» y la coalición por Buys y Van der Dussen. Esos diplomáticos conferenciaron primero en una embarcación, en el Moerdyc, y luego en una pequeña fortaleza de Gertruidenberg, pues los coligados querían tener á los franceses lejos de las grandes ciudades, por miedo de que influyesen sobre los partidarios de la paz.

La principal discusión versó sobre la cuestión siguiente: ¿se comprometerá el rey de Francia á hacer salir de España á Felipe V? Polignac y de Huxelles hicieron ver la buena fe de Luis XIV que había retirado sus tropas de España, que estaba dispuesto á firmar un tratado separado, con exclusión de su nieto, y que hasta ofrecía entregar á los aliados cuatro plazas del reino en depósito, como garantía de su promesa de no ayudar á Fel-

pe V en modo alguno. Después de estas manifestaciones propusieron que se diese al rey de España una compensación, Nápoles y Sicilia, ó Sicilia solamente, á fin de inducirle á que *motu proprio* renunciase á la corona. A todo esto contestaron los representantes de los aliados que la aceptación de Sicilia por Felipe V, como indemnización, era muy dudosa y quisieron que Luis XIV se obligase á expulsar de España á su nieto.

Los franceses pedían que el documento que se acordase fuese definitivo y que, una vez firmado, no pudiera formularse ninguna otra reclamación de las muchas que ellos preveían; pero los holandeses se negaron á garantizar cosa alguna, de manera, como escribía Polignac, que aun en el caso de que Su Majestad consintiera en todo, no obtendría, á lo sumo, «más que un armisticio miserable é inseguro.» Sobre tales bases era imposible llegar á un acuerdo.

Luis XIV mostróse «firmemente resuelto á rechazar toda proposición que le obligase á declarar la guerra á Felipe V fuese por la causa que fuese, de suerte que todo el mundo esperaba la ruptura de las negociaciones: «y tan convencido de ello estaba el público, dice Torcy, que en La Haya era muy corriente apostar tres contra uno por la inutilidad de las conferencias.»

Pero ¿cómo continuaría Francia la guerra? Los aliados habían penetrado en las líneas de Flandes y en 22 de abril ponían sitio á Douai. Villars no había ocultado á Torcy que «el Estado se hallaba expuesto á los azares de una jornada,» y él, que generalmente se mostraba más confiado, había creído en aquella ocasión «deber, como buen súbdito, apremiar á Su Majestad para que firmase la paz en condiciones duras, incluso declarando la guerra al rey de España.» Por otra parte, la nación española estaba irritada por la retirada de las tropas francesas, y Felipe V sentíase inclinado á negociar con los aliados contra Francia; así, Blecourt escribía á Torcy desde Madrid que «si no se socorría á España iba á tenerla Francia por enemiga.»

Torcy opinó que era menester otorgar una nueva concesión y propuso que se ofrecieran á los enemigos subsidios como contribución á la guerra que harían para expulsar de Madrid á Felipe V y para obligarle á aceptar una indemnización. En el Consejo, Desmaretz, Pontchartrain y Beauvillier fueron de la misma opinión, á la que también se adhieron el Delfín y el duque de Borgoña, no sin antes haber protestado de ella, y Luis XIV ordenó á sus plenipotenciarios que hiciesen esa proposición «á discreción y sólo, á ser posible, cuando creyeran seguro el éxito.»

Rechazado á aquel arreglo por los holandeses, Luis XIV hizo aún otra concesión y fué la de renunciar á toda indemnización para su nieto; pero en una sesión celebrada en 13 de julio, Buys y Van der Dussen declararon que el rey no podía «eximirse de entregar España y las Indias» y le dieron para hacerlo un plazo de dos meses.

Aquella sesión fué la última. Puesto que era preciso continuar la guerra, Luis XIV «prefirió hacerla á sus enemigos que á sus hijos,» y el Consejo fué de parecer de «que sería una baja sin provecho dejar que los plenipotenciarios permaneciesen más tiempo en Holanda.» Torcy envió á éstos una memoria en la que sentaba que el rey había hecho todos los ofrecimientos

y todas las concesiones compatibles con el honor, y ellos escribieron á Heinsius en 20 de julio en los siguientes términos: «Si la injusticia y la obstinación de sus enemigos le quitan toda esperanza de obtener la paz, Su Majestad, confiándose á la protección de Dios, que sabe, cuando le place, humillar á aquellos á quienes la prosperidad encumbra, dejará que Europa, sin exceptuar á los súbditos de la República de Holanda, ni á los del Reino de Inglaterra, juzgue y reconozca á los verdaderos autores de la continuación de una guerra tan sangrienta.»

El gobierno inglés declaró, en 27 de julio, la continuación de la guerra, echando la responsabilidad de la misma sobre Francia, que se esforzaba por eludir el artículo capital, es decir, el desposeimiento de Felipe V. Marlborough no quería la paz, pues habiendo caído su esposa en desgracia de la reina Ana y estando amenazado su propio prestigio, sólo la guerra y las victorias podían sostenerle; el emperador habíase mostrado intratado durante las negociaciones y Holanda había dejado hacer á los aliados, desperdiciando la ocasión de dictar la paz, ocasión que ya nunca más volverá á ofrecérsele.

CAPÍTULO III

LA SOLUCIÓN (1)

I. La campaña de 1710 y el cambio ministerial en Inglaterra. Los preliminares de Londres. — II. El Congreso de Utrecht. La victoria de Denain. Estipulación de los tratados de Utrecht (11 de abril de 1713). — III. Las últimas hostilidades. Los tratados de Rastadt, de Baden y de la Barrera. — IV. Europa en 1715.

I. — La campaña de 1710 y el cambio ministerial en Inglaterra. Los preliminares de Londres

En el año 1710, cuando Francia desesperaba á la vez de la paz y de la guerra, la suerte se le mostró propicia. En la frontera del Norte, que parecía abierta á la invasión, el enemigo se apoderó, en junio, de Douai; pero Villars impidió que marchase sobre Arrás y Cambrai,

(1) FUENTES: Además de las generales citadas anteriormente y en particular las *Mémoires de Lambert* y el *Corps diplomatique de Dumont*: Vast, *Les grands traités du règne de Louis XIV*, en la «Collection de textes pour servir l'étude et à l'enseignement de l'Histoire,» fascículo 3.º, 1899. *Actes, mémoires et autres pièces authentiques concernant la paix d'Utrecht, 1712-1715*, 6 vol. Bellingbroke, *Letters and correspondence of Henry Saint-John, lord viscount Bolingbroke*, 1798, 2 vol. Walpole (Roberto), *Rapport du comité secret nommé par la Chambre basse du Parlement pour faire l'examen des livres et papiers qui roulent sur les négociations de la dernière paix et du traité de commerce*, traducción francesa, Amsterdam, 1715, 1 vol.

OBRA: Además de las anteriormente indicadas sobre las operaciones militares: Freschott, *Histoire du congrès et de la paix d'Utrecht*, 1716. W. Gerard, *The peace of Utrecht. A historical review of the great treaty of 1713-1714, and of principal events of the spanish succession*, 1835. C. Giraud, *Le traité d'Utrecht*, 1847. Lord Mahon (Earl Stanhope), *History of England from the peace of Utrecht to the peace of Versailles*, 7 vol; el 1.º vol. De Courcy, *La coalition de 1701 contre la France*, 1886, 2 vol. (El autor se ocupa principalmente de las negociaciones de Rastadt y de Baden). O. Weber, *Der Friede von Utrecht (1710-1713)*, 1891. Schorer, *Der englisch-französische Handelsvertrag vom Jahre 1713*, Disertación inaugural (Derecho), Munich, 1900.

y aunque los aliados tomaron algunas otras plazas, el citado general, atrincherado detrás de las líneas establecidas entre las fuentes del Scarpe y las del Canche, les cerró el camino de París. En el Rhin y en los Alpes las hostilidades proseguían sin novedad. Los grandes acontecimientos sucedieron en España.

A principios del año, Felipe V, abandonado á sí mismo por Luis XIV, hubo de hacer frente á toda la coalición. Carlos III recibió en Cataluña los refuerzos que su hermano, el emperador José, le enviaba y que fueron conducidos por una escuadra anglo-holandesa, y Starhemberg y Stanhope, mayor general de los ejércitos británicos, mandaban sus tropas. Los aliados salieron de Cataluña, derrotaron á Felipe V cerca de Lérida en julio, y junto á Zaragoza en agosto, y entraron en Madrid en septiembre; pero Madrid y Castilla se mantuvieron fieles á Felipe. Millares de madrileños habían salido con él de la villa y seguidole á Valladolid, y los que se quedaron en la corte hicieron un recibimiento lúgubre á Carlos, quien, para alimentar á sus soldados, hubo de recurrir á las requisas y de dejar que sus tropas saqueasen y maltratasen á los campesinos.

El odio al invasor estalla en todas partes; multiplícanse las cuchilladas y los asesinatos por el hierro y por el veneno; se organizan las guerrillas, y Felipe V, alentado siempre por María Luisa y por la princesa de los Ursinos, reúne todas las tropas de que puede disponer y recurre á los voluntarios. Vendome, reintegrado en la gracia de su soberano, se pone al frente de aquel ejército, porque Luis XIV, después de la ruptura de las negociaciones de Gertruidenberg, ha resuelto ayudar de nuevo á su nieto y comienza enviándole un general, al que luego seguirán soldados. Carlos III, que se había dirigido hacia el Tajo para salir al encuentro de los portugueses, se entera de que el ejército del Rosellón ha pasado los Pirineos, retrocede hacia Barcelona con dos mil caballos, y el mismo camino emprenden Starhemberg y Stanhope, cuya penosa marcha al través de un país asolado, se ve retardada por las guerrillas. Vendome pone en movimiento los veinticinco mil hombres que ha reunido y ejercitado y sale en persecución del enemigo.

La retaguardia, mandada por Stanhope, se detiene en Brihuega y Vendome envía un destacamento para cortar las comunicaciones entre los dos generales enemigos; llega el 8 de diciembre al mediodía delante de la plaza, da el asalto al día siguiente y hace prisioneros á cinco mil soldados con su general. Al otro día, 10 de diciembre, á eso de las tres, Starhemberg, que ha retrocedido, presenta batalla en la llanura de Villaviciosa (2), y aunque no dispone más que de diez y seis mil hombres, resiste tres ataques y no se retira hasta la noche, siendo acosado en su retirada por las guerrillas hasta Barcelona, adonde llega sólo con cinco mil soldados.

Esa campaña, que demuestra la dificultad de conseguir el objeto «capital,» es decir, el desposeimiento de Felipe V, dió mucho que pensar á los aliados á quienes también extenuaba aquella guerra larga y tan penosa.

(2) Bittard des Portes, *La bataille de Villaviciosa d'après des témoignages oculaires*, en el «Carnet historique,» IV (1899), páginas 12-26. Véase en Saint-Simón, ed. Boislisle, t. XX, pág. 137, una nota sobre la bibliografía de la batalla de Villaviciosa.

Razones de muy diversa índole aconsejaban á los ingleses á abandonar aquel negocio (1). La reina Ana, que sentía simpatías por los *tories*, soportaba con disgusto el ministerio *whig* que desde 1708 estaba dominado por Marlborough y cuyos directores eran el conde de Sunderland y el conde de Godolphin, casados el primero y el hijo del segundo con hijas de mylord-duque; y algunos que habían sido ministros, entre ellos Harley, un ambicioso extremadamente hábil, y Saint-John, gran político, orador elocuente y alma generosa, querían volver á serlo. La reina, además, estaba cansada de la autoridad que sobre ella había adquirido lady Marlborough, y una camarera, adicta á los enemigos de la duquesa, la alentó para que sacudiera aquel yugo. El día 16 de abril de 1710 riñeron la reina y la duquesa por no haber querido aquélla aceptar las disculpas de ésta, que le había faltado al respeto. Finalmente, y esta era la razón principal en aquel país de libertades, la opinión pública se manifestaba favorable á la paz. Para que los ingleses se resolvieran á hacer la guerra había sido menester que Luis XIV, con sus grandes faltas, viniera en apoyo de la obstinación que en quererla había puesto Guillermo. Por otra parte, habían creído que la coalición no tardaría en hacer entrar en razón á Francia, y al ver que la guerra se eternizaba, preguntábase por qué no habían sido aceptadas las condiciones admitidas por Luis XIV en Gertruidenberg y que eran tan ventajosas para los coligados y tan duras para la nación francesa. El comercio inglés sufría graves quebrantos con la guerra, pues si bien unos cuantos se enriquecían, en primer término Marlborough, que se quedaba con cantidades destinadas al aprovisionamiento del ejército y al pago de los soldados extranjeros, y luego los banqueros y los hombres de negocios, que hacían especulaciones, en cambio al *moneyed interest* oponiase el *landed interest* de los propietarios territoriales á quienes la guerra arruinaba: «¡Seis millones de subsidios (anuales) y una deuda de cerca de cincuenta millones de libras!», escribía Swift. «¡Los altísimos aliados nos han arruinado!»

Los partidarios de la guerra y los de la paz se disputaban en la prensa: los primeros publicaban el *Tatler*, el *Guardian*, el *Spectator* y el *Whig Examiner*, redactados por Congreve, Steele y Addison; y en el bando contrario estaban Pope, Prior y sobre todo Swift, que dirigió durante muchos años el *Examiner* y publicó en 1711 un libelo ruidoso sobre *La Conducta de los Aliados*.

La reina Ana cambió de ministerio: Godolphin, destituido en 19 de agosto de 1710, fué reemplazado por Harley, y Saint John fué nombrado ministro de Negocios extranjeros. Disuelto el Parlamento, los electores enviaron á la Cámara de los Comunes una enorme mayoría *tory*.

Torcy, en quien aquellos cambios resucitaron las esperanzas de paz, ordenó á un agente secreto que tenía en Inglaterra, Gaultier, capellán que había sido del mariscal Tallard cuando éste era embajador en Londres, que visitase con frecuencia á los nuevos ministros.

En enero de 1711, Gaultier presentóse en Versalles á Torcy diciéndole: «¿Monseñor, queréis la paz?» «Pre-

(1) Lecky, *A history of England in the eighteenth century*, t. I (1883), capítulo 1.º. Wiesener, *Le Regent, l'abbé Dubois et les Anglais*, t. I, págs. 67-77.

guntar en aquel entonces á un ministro de Su Majestad si quería la paz, añade Torcy, era como preguntar á un enfermo atacado de larga y cruel enfermedad si quería recobrar la salud.»

Pero la paz no era tan fácil de concertar, pues la misión de Gaultier se limitaba á celebrar entrevistas en Versalles para luego repetir en Londres lo que en ellas se dijera, y los ingleses, aunque deseosos de entenderse particularmente con Francia, no podían abandonar á sus aliados, sobre todo á los holandeses; de aquí que, sin dejar de gestionar aparte con el negociador de Francia ofrecieran transmitir á Holanda las proposiciones francesas. Sin embargo, las primeras proposiciones de Luis XIV fueron rechazadas, en marzo, por los ingleses, y otras que presentó después lo fueron por los holandeses en abril. Torcy comenzaba á desesperar de nuevo cuando acaeció un suceso inesperado: el emperador José, que sólo contaba treinta y tres años, murió en 17 de abril de 1711, y como no tenía hijos varones, su heredero había de ser Carlos III. Si éste conservaba la monarquía española, volvería á formarse el imperio de Carlos V, lo cual se oponía á la política de los dos Estados marítimos que consistía en no dejar que se estableciera en el continente una potencia demasiado grande.

Gaultier regresó á Francia en julio, acompañado del secretario de Saint-John, el poeta Prior, encargado de una misión secreta. Este diplomático inglés, acreditado cerca de Torcy por un billete firmado por la reina, era portador de proposiciones concretas, menos humillantes que las de los años anteriores, pero que, á pesar de ello, no podían ser aceptadas sin discusión. Como Prior no tenía poderes para discutir, Luis XIV envió á Londres á Mesnager, que ya había negociado en Holanda y conocía á fondo los negocios comerciales. Las conferencias secretas empezaron el día 26 de agosto y en ellas los ingleses no quisieron tratar más que de sus asuntos propios, para dejar que luego se las compusieran solos Francia y los aliados.

Después de muchas discusiones, convínose en reservar para las conferencias de la paz el arreglo de las cuestiones sobre las cuales no había habido acuerdo; y el día 8 de octubre Mesnager firmó dos documentos que son «como el primer embrión de los tratados de Utrecht» y á los que se da el nombre de «Preliminares de Londres.» Uno de ellos había de permanecer secreto, el que contenía todas las ventajas otorgadas por Luis XIV á Inglaterra sola, y en él prometía el rey reconocer á la reina Ana y la sucesión protestante, firmar un tratado de comercio con la Gran Bretaña y rebajar los derechos sobre los productos de la industria inglesa; ceder á Inglaterra la isla de San Cristóbal de las Antillas, demoler las obras de Dunkerque, mediante un equivalente que se discutiría en las conferencias para la paz general, consentir que Gibraltar y Puerto Mahón continuasen en poder de los ingleses, y hacer conceder el *Asiento* de la trata de negros durante treinta años á una compañía inglesa que tendría el derecho de «hacer descansar, refrescar, vender y despachar sus negros en todas las plazas y en todos los puertos» de la América española, y obtendría en el Río de la Plata un terreno para «guardarlos con toda seguridad hasta que fuesen vendidos.» El otro documento debía ser enviado á Holanda á fin de que sirviera de base para un tratado ge-

neral, y en él parecía que Inglaterra olvidaba sus intereses particulares en aras de los de la coalición. De los siete artículos de que ese documento constaba, sólo dos le concernían exclusivamente, á saber: el reconocimiento de la reina Ana y de la sucesión protestante y la demolición de las obras de Dunkerque; los otros cinco eran comunes á todos los aliados y en ellos se comprometía Luis XIV á adoptar las medidas justas y razonables para impedir la reunión en una misma cabeza de las coronas de España y Francia, á dar á todas las potencias interesadas en la guerra satisfacciones desde el punto de vista del comercio, á otorgar garantías desde el punto de vista político, en forma de barreras para Holanda y para el imperio, y á discutir de buena fe y amigablemente todas las pretensiones de los Estados que en la guerra estaban comprometidos.

Durante estas negociaciones, habíanse moderado las hostilidades. Marlborough, que conservaba el mando del ejército de Flandes, no gozaba de la autoridad que antes tuviera; Eugenio había sido llamado á Alemania á fin de proteger la dieta de Francfort durante la elección del archiduque Carlos para el solio imperial, y el duque de Saboya mantenía á la expectativa. Desde que terminó la campaña de 1710 había entablado el duque negociaciones secretas con Francia, pero después de la muerte del emperador José, á raíz de la cual vaciló entre Francia y Austria, la satisfacción que obtuvo de parte de la corte de Viena respecto de sus pretensiones sobre los feudos imperiales del Montferrato, le movió en julio de 1711 á invadir la Saboya, que, sin embargo, hubo de evacuar en septiembre. Luis XIV, por su parte, comprendiendo que lo esencial no era alcanzar victorias sino no sufrir derrotas, había dado orden á todos sus ejércitos de que permanecieran á la defensiva.

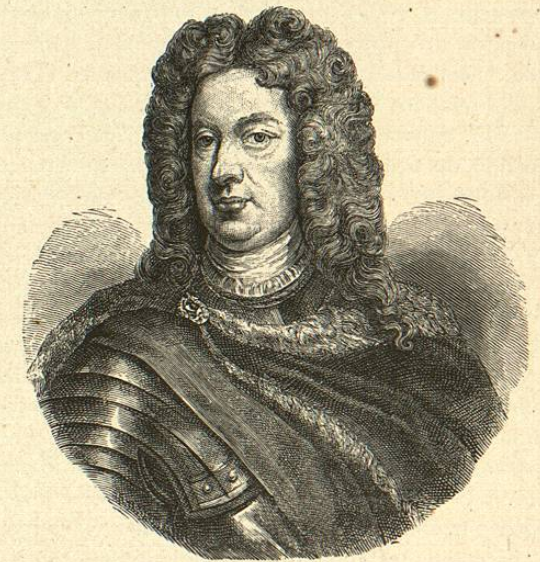
En la frontera septentrional, Villars impidió que Marlborough atravesara sus nuevas líneas, formadas en parte por trincheras y en parte por los ríos Canche, Scarpe, Sensee y Sambre; esto no obstante, Bouchain se rindió á Marlborough en 13 de septiembre, pero los ingleses quedaron muy poco satisfechos de la conquista de un «palomar» que les costaba, bien contados los gastos de la campaña, siete millones de libras esterlinas.

La marina francesa se distinguió por un golpe de audacia. Duguay-Trouin había propuesto á Luis XIV una expedición contra el Brasil para castigar á los portugueses que, en 1710, habían maltratado á unos marineros franceses; el rey le dió barcos y hombres y una sociedad de armadores costeó los gastos de la expedición, y el día 12 de septiembre de 1711 presentóse en la rada de Río Janeiro una escuadra compuesta de siete navíos y cuatro fragatas. Duguay-Trouin, después de un vigoroso bombardeo, penetró en la plaza, que había sido evacuada por sus habitantes, tuvo á raya á un ejército portugués que se concentraba en las inmediaciones de aquélla y obligó al gobernador á redimir del saqueo la ciudad de Río. Los perjuicios causados á los portugueses ascendieron á unos veinte millones.

Antes de que se recibiese en Europa la noticia de aquel suceso, Inglaterra había dado un paso decisivo hacia la paz, dando á conocer á Heinsius el documento público de los Preliminares de Londres y declarando que las proposiciones en él contenidas parecían suficien-

tes á la Gran Bretaña «para servir de base á la apertura de las conferencias.»

Los aliados se indignaron y trataron por todos los medios de promover un cambio en la opinión inglesa, publicando libelos contra el gobierno de la reina Ana, á quien se acusaba de entenderse con Francia para asegurar la sucesión á su hermano, el pretendiente; pero la reina hizo saber á Heinsius que quería la paz, y Strafford, «señor á propósito como un coronel de dragones para precipitar el desenlace de una empresa.» afirmó al gran pensionario que Inglaterra estaba resuelta á apoyar las pretensiones razonables de los aliados; pero que si éstos



El duque de Marlborough. Copia del grabado de J. Houbracken, sacado del cuadro original pintado por G. Kneller

se mostraban demasiado exigentes, su gobierno les reclamaría la entrega exacta de los subsidios y de los hombres que debían en virtud de los compromisos contraídos. Heinsius objetó que aquellos Preliminares no le parecían base «bastante sólida para aventurar sobre ella unas negociaciones,» en vista de lo cual, el gabinete de Londres rogó á Luis XIV que diera algunas aclaraciones acerca de sus propósitos respecto de los intereses particulares de los aliados, especialmente de los de Holanda y del duque de Saboya. Del emperador no se hablaba una palabra. Torcy envió «preliminares especificados para cada uno de los coligados,» y el gobierno británico juzgó que eran suficientemente ventajosos para la República para obligarla á entablar negociaciones. Ante la amenaza de Strafford de que, en caso de no aceptarlos, la Gran Bretaña abandonaría á Holanda, los Estados Generales se decidieron, en 21 de noviembre, á entregar pasaportes para los plenipotenciarios franceses. El congreso se celebraría en Utrecht y se inauguraría el día 12 de enero de 1712.

II. — El Congreso de Utrecht. La victoria de Denain. Estipulación de los tratados de Utrecht (11 de abril de 1713).

Luis XIV envió como plenipotenciarios al mariscal de Huxelles, al padre Polignac y á Mesnager, todos los cuales habían intervenido en las negociaciones anterior-

res. Como los aliados se habían negado á admitir en las conferencias á delegados de Felipe V, el rey de Francia habíase encargado de defender los intereses de su nieto; Strafford y el doctor Robinson, obispo de Bristol, representaban á Inglaterra, y Buys, Van der Dussen y otros cinco diputados, á los Estados Generales. El emperador, antes de enviar sus plenipotenciarios, Zinzendorf y Consbrück, había querido cerciorarse de que los artículos preliminares eran simples proposiciones que en nada comprometían á las potencias aliadas. A fines de febrero hallábase reunidos en Utrecht ochenta diplomáticos.

Ya en la primera sesión (29 de enero de 1712) Buys pidió á los franceses que redactasen por escrito sus proposiciones, y en 11 de febrero, Polignac y Huxelles entregaron un «proyecto especificado de lo que Francia quiere hacer para contentar á todos los aliados.» Todos los diplomáticos se asombraron é indignaron de que Luis XIV creyese contentarlos con tan poca cosa, participando de aquel asombro y de aquella indignación los mismos ingleses, á quienes su gobierno no había comunicado el acuerdo secreto con Francia, precisamente para que pudieran asombrarse, é indignarse como los demás.

Sin embargo, cuando Zinzendorf, en nombre del emperador, propuso á los aliados que contestasen con contraproposiciones redactadas en común y en las cuales se afirmarían de nuevo los derechos de Carlos III sobre la monarquía española, los representantes de la reina rechazaron aquel procedimiento que por fuerza había de determinar una ruptura, diciendo que la reina había creído oportuno que cada aliado formulase sus peticiones directamente, «con libertad de ayudarse unos á otros». La coalición quedaba, pues, poco menos que rota de hecho.

Los ministros de los aliados presentaron, el día 5 de marzo, sus demandas especificadas: los ingleses contentábanse con sacar el mejor partido posible de los Preliminares secretos, adjudicándose la Acadia, que habían conquistado en 1710, Terranova con la ciudad de Plaisance y las demás islas situadas en los mares circunvecinos, y pedían, además, que Luis XIV expulsara de Francia al hijo de Jacobo II; los holandeses querían el engrandecimiento de los Países Bajos belgas á costa de Francia, la constitución, en su provecho, de una barrera que comprendiese Lila, Tournai, Orchies, Douai, Bouchain, etc., y el restablecimiento de la tarifa de 1664 para su comercio; el emperador exigía la totalidad de la sucesión de España y la restitución al imperio de la Alsacia y de los tres obispados de Metz, Toul y Verdún; y los príncipes de segundo orden, el duque de Saboya, el rey de Prusia y el rey de Portugal, reclamaban también algunas ventajas. Comenzadas las negociaciones sobre esas bases, surgió un conflicto acerca del método que debía seguirse, pues mientras los ministros de los aliados querían negociar por escrito, los plenipotenciarios franceses pretendían «discutir de palabra todos los puntos, como se había hecho siempre.» Y no habiendo podido llegarse á un acuerdo, suspendiéronse las conferencias á principios de abril de 1712, con gran contento de los aliados, quienes esperaban que antes de que aquéllas se reanudasen, el príncipe Eugenio alcanzaría una victoria definitiva; pero no contaban con el gobierno británico.

El ministerio tory, que persistía firmemente en sus propósitos, había arrebatado á los whigs la mayoría que aún conservaban en la Cámara alta, nombrando una hornada de pares adictos, y acusó de peculado á Marlborough, enriquecido por descuentos sobre las pagas de los soldados extranjeros y por las propinas recibidas de los proveedores. El duque, convicto de haber hecho «una cosa ilegítima é insostenible,» fué destituido de sus cargos. La Cámara de los Comunes sacaba públicamente las cuentas de lo que la guerra costaba á la Gran Bretaña: mientras los Estados Generales no contribuían, desde 1708, á las operaciones en España y habían reducido sus efectivos de mar y tierra; mientras Austria, en cuyo provecho se proseguía la lucha, no sostenía en España más que dos mil soldados, y esto sólo desde hacía un año, la Gran Bretaña tenía allí un ejército de cincuenta y seis mil y pagaba trece batallones y diez y ocho escuadrones de tropas imperiales, teniendo en total á sueldo suyo doscientos cuarenta mil hombres, con un gasto anual que de tres millones de libras en 1702, había subido á ocho millones en 1711. Los ingleses representaban un papel de cándidos: «Cuando nuestros ejércitos toman una ciudad en Flandes—escribía Swift en su libelo *La conducta de los aliados*,—los holandeses se apoderan de ella y nosotros encendemos hogueras en señal de regocijo.»

A pesar de la suspensión de las conferencias, los ingleses y los franceses continuaron negociando en Utrecht, y bajo el pretexto de arreglar las cuestiones comerciales, llegaron, á fines de abril, á un acuerdo sobre las condiciones de una paz general. El problema de la separación de las coronas francesa y española había alcanzado mayor importancia que nunca desde que varias defunciones ocurridas en la familia real habían aproximado á Felipe V al trono de Francia. Habían fallecido, en efecto, sucesivamente el Gran Delfín, en 14 de abril de 1711; la duquesa de Borgoña, en 12 de febrero de 1712; su esposo, en 18 de febrero, y su hijo primogénito en 8 de marzo del mismo año, y por consiguiente sólo quedaba de aquella primera rama el duque de Anjou, el futuro Luis XV, en aquel entonces niño de dos años y enfermizo, miriendo el cual era heredero Felipe V, hijo menor del Delfín. Los ingleses exigieron que Felipe renunciase á la corona de Francia y que el duque de Berri, tercer hijo del Delfín, y el duque de Orleans renunciasen, á su vez, á la corona de España. Luis XIV no podía «resignarse fácilmente á privarse de uno de los herederos naturales que le quedaban,» y por esto propuso que se cumpliera la cláusula del testamento de Carlos II, en virtud de la cual si Felipe V era llamado al trono de Francia, el duque de Berri sería rey de España; pero ante la insistencia del ministro Saint John, elevado á la categoría de lord Bolingbroke, hubo de ceder.

En 26 de abril de 1712, Torcy anunció al ministro inglés que su soberano estaba resuelto «á obligar á Felipe V, aunque fuese apelando á la fuerza,» á elegir entre Francia y España y pidió que la reina de Inglaterra, en premio de esta gran concesión, consintiese en una suspensión de hostilidades. Felipe V intentó eludir aquel compromiso, pues él y su esposa deseaban, en caso de morir el duque de Anjou, conservar uno de los reinos y dar el otro á uno de los infantes, y cuando

menos pedían que se les dejara íntegra la monarquía de Carlos II. Entonces el gobierno inglés propuso «un medio de hacer reinar al rey católico, conservándole al propio tiempo los derechos de su cuna,» y este medio consistía «en dejar á Felipe V el reino de Sicilia, añadiéndole los Estados del duque de Saboya, y ceder á éste España y las Indias.» Luis XIV requirió á su nieto

duque de Ormonde, sucesor de Marlborough en el ejército de Flandes, que tuviese bajo su mando directo á todas las tropas de la reina; y pocos días después se le dijo que no emprendiera un sitio ó una batalla hasta nuevo aviso. Al mismo tiempo, el obispo de Bristol había declarado en Utrecht que su soberana estaba resuelta á arreglar sus asuntos aparte; y efectivamente,



El conde Luis de Zinzendorf. Facsimile reducido del grabado de Jacobo Houbracken (1698-1780)

para que se decidiese inmediatamente por uno de los términos de esta alternativa: ó renunciar á sus derechos á la corona de Francia conservando España y las Indias, ó persistir en ellos, contentándose con Sicilia y los Estados del duque de Saboya. Luis XIV recomendó la segunda proposición que, en caso de ceñir Felipe la corona francesa, daría á Francia las dos vertientes de los Alpes y la gran isla mediterránea; pero Felipe V, en 29 de mayo, escogió la primera.

La conducta enérgica y leal de Luis XIV respecto de su nieto, infundió confianza á los ingleses. Apenas se supo que obligaría á Felipe á decidirse en un sentido ó en otro, el ministerio inglés había ordenado al

en 5 de junio Bolingbroke envió á Torcy las condiciones bajo las cuales la Gran Bretaña firmaría el armisticio solicitado por Francia, reclamando, como prenda, la ocupación de Dunkerque por las tropas inglesas (1). La noticia, en el entretanto recibida, de la renuncia de Felipe V facilitó el acuerdo, habiéndose convenido en suspender las hostilidades por espacio de dos meses y, si era preciso, de cuatro, durante los cuales se registrarían en el Parlamento de París la renuncia de Felipe V al trono de Francia y la de los príncipes franceses al

(1) Respecto de estas negociaciones, véase A. de Saint-Leger, *La question de Dunkerque et du canal de Mardyck à la fin du règne de Louis XIV (1709-1715)*, Lila, 1904.